

ANÁLISIS DE LOS FRAGMENTOS PICTÓRICOS HALLADOS EN LA CASA DEL PERISTILO DE LOS BAÑALES (UNCASTILLO, ZARAGOZA)*

Lara IÑIGUEZ BERROZPE¹

RESUMEN: Presentamos a continuación un breve análisis sobre los fragmentos pictóricos hallados en la Casa del Peristilo de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza). Se han diferenciado dos conjuntos: el primero lo componen varias piezas con aparente decoración banal, exhumadas en el curso de las excavaciones; el segundo está formado por dos únicos fragmentos hallados en superficie. Uno y otro, sin embargo, nos aportan interesantes datos que no hacen sino ayudarnos a comprender la dinámica de la vivienda que nos ocupa, y nos permiten a proponer nuevas hipótesis acerca de su cronología.

PALABRAS CLAVE: Pintura, *Domus*, *cubiculum*, moteado, filete triple.

ABSTRACT: We present a brief analysis of the pictorial fragments found in the house of the Peristyle of Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza). We have differentiated two sets: one made up of several parts with apparent banal decoration, unearthed during excavations; the second is formed by two unique fragments found in the surface. Both of them, however, provide interesting data that help us to understand the dynamics of the building, and help us to propose new hypotheses about its chronology.

KEYWORDS: Painting, *Domus*, *cubiculum*, speckled, triple fillet.

* Este trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación *La decoración parietal en el cuadrante NE de Hispania: pinturas y estucos (S. II a.C.-s. VI d.C.)* HAR2013-48456-C3-2-P; y en el Grupo de Investigación URBS.

¹ Escuela de Turismo Universitaria de Zaragoza. Dirección electrónica: laraib@unizar.es

1. INTRODUCCIÓN²

El yacimiento de Los Bañales se encuentra en el extremo sur del término municipal de Uncastillo, en Zaragoza, sobre el cerro de El Pueyo, elevación de 567 m que preside el área monumental de la ciudad, extendiéndose también por la ladera este y el llano circundante.

Cronistas como J. Zurita, geógrafos como J. B. Labaña y epigrafistas como E. Hübner ya describieron, analizaron y a veces dibujaron en sus distintos trabajos los restos del emplazamiento que ahora nos ocupa; entre los siglos XVI y XIX (Andreu, 2011: 55-67). Fue J. Galiay, director del Museo de Zaragoza, quien efectuó las primeras campañas arqueológicas en los años 1942-1943 y 1946-1947 (Galiay, 1944; 1949). Pese a su importante labor investigadora en este enclave, la fecunda documentación que seguro aportó no ha podido ser reunida en su totalidad, de tal forma que nuestro conocimiento actual sobre su actuación es parcial. Aun así, sabemos que su trabajo, consistente muchas veces en la realización de sondeos más que en excavaciones extensivas, se centró en el acueducto, en las termas y en la plaza pública –confundiéndose algunas veces la funcionalidad de los espacios– entre otros lugares. Posteriormente, llegó a Los Bañales A. Beltrán, considerado el impulsor del primer gran proyecto investigador que se dio en el yacimiento entre 1972 y 1979 (Beltrán, 1977; Andreu, 2011: 80-93). Ayudados por una metodología científica propia de la disciplina arqueológica, el equipo del citado investigador exhumó las estructuras –ahora sí de manera casi total– de, fundamentalmente, tres espacios: las termas, el cerro de El Pueyo –donde excavó una manzana de viviendas –y el área entonces considerada como foro, además de una serie de prospecciones en el territorio circundante. Más tarde, entre 1998 y 2002 fue J. M. Viladés el encargado de acometer ciertas labores investigadoras y, sobre todo, de puesta en valor del yacimiento. Sin embargo, fue la llegada de J. Andreu Pintado la que supuso un nuevo punto de inflexión para la historia del enclave, pues fue él quien acometió –y lo sigue haciendo– no sólo una serie de nuevas y sistemáticas campañas de excavación–tan importantes para seguir conociendo las características del terreno– sino también una labor de recopilación documental para una mejor interpretación de lo exhumado hasta el momento.

² Recientemente, J. Andreu en colaboración con varios investigadores, ha reunido en un monográfico dedicado a Los Bañales, toda la información que hasta el momento se posee de dicho yacimiento proveniente tanto de la documentación aportada por las fuentes históricas y por los arqueólogos que efectuaron distintas excavaciones en este lugar, así como de los resultados de las últimas campañas de investigación.

Por nuestra parte, queremos expresar aquí nuestro más sincero agradecimiento por facilitarnos el acceso al trabajo con el material pictórico exhumado.

Gracias, pues, al trabajo de J. Andreu se ha podido abandonar la antigua idea, planteada por J. Lostal y A. Beltrán, según la cual se pensaba que los restos descubiertos en Los Bañales no se correspondían con una ciudad propiamente dicha, sino que representaban un hábitat disperso en forma de *villae*³. Estas, ocupadas por gentes de un estatus social y económico elevado, se levantarían sobre el territorio circundante, a los pies del cerro del El Pueyo, elevación que para el primero de los autores sería el centro redistribuidor de la producción económica y para el segundo el lugar donde viviría la plebe. Actualmente, estamos en grado de afirmar, sin ninguna duda, que el yacimiento se configuró conforme a los modelos urbanísticos exportados de la península itálica (Andreu *et al.*, 2008: 234). Así pues, a continuación exponemos de manera sucinta lo que hoy conocemos de la historia de este núcleo urbano (Figs. 1 y 2).

Probablemente, desde el siglo IV a.C. y con seguridad en el siglo II a.C., el territorio que hoy ocupa el yacimiento de Los Bañales era un *oppidum* indígena del área vascónica –abierto también a influjos indoeuropeos e ibéricos⁴– que iría creciendo a raíz de la concentración de la población del territorio contiguo.

Puesto que desconocemos el nombre de la ciudad, no podemos valernos de los autores clásicos para saber el momento en el que Roma se estableció en este enclave cincovillés. En este sentido, es necesario señalar aquí la cada vez más plausible hipótesis sobre que el yacimiento de Los Bañales fuese la *civitas foederata Tarraca*⁵ citada por Plinio (*Historia Natural*, III 24) a la hora de hablar de las ciudades del *Conventus Caesaraugustanus* –circunscripción en la que se inserta el núcleo que nos ocupa–, y también por Ptolomeo (*Geografía*, II 6, 66), hecho que resolvería las tan interesantes cuestiones sobre el topónimo de la ciudad y sobre su estatuto jurídico (Pérrex, 1998; Sáyx, 2005: 37-38; Andreu, 2011: 30-33; Uribe, 2014).

Cronológicamente, el asentamiento romano permaneció desde el siglo I a.C. hasta mediados del siglo IV d.C. –si bien las últimas investigaciones indican que la ocupación perduró más tiempo (Jordán, 2014). Hacia el cambio de

³ Sobre esta cuestión véase ANDREU, 2011: 26-29.

⁴ Sobre esta cuestión véase ANDREU, 2011: 26-29.

⁵ El posible pacto o *foedus* entre Roma y *Tarraca* se pudo producir en el contexto de la guerra entre Pompeyo y Sertorio; como una estrategia llevada a cabo por el primero para contrarrestar el poder que el segundo había ido adquiriendo en la zona. J. Andreu también plantea la posibilidad de que se estableciera ya este acuerdo en torno al 190 a.C., es decir, durante los primeros contactos de Roma y el norte peninsular, ya que esta fue una práctica habitual de la República, que aseguraba así en parte su avance. El mismo autor indica otras fechas claves para el territorio que nos ocupa en las tendría cabida este acontecimiento: por ejemplo, cuando se produjo en el valle del Ebro el reclutamiento de hombres que conformaron la *turma Salluitana*, en el 90 a.C.; o incluso en el momento en el que se fundó la ciudad de *Caesar Augusta*, verdadero punto de inflexión para el despliegue y la articulación del sistema administrativo romano.

Era, ya se tiene constatación arqueológica de la monumentalización⁶ de la ciudad que llegó a ocupar unas 20 ha, edificándose en ese periodo la plaza pública, realizada sobre una *substructio* de *opus quadratum*. Será, sin embargo, en los siglos I y II d.C. cuando este enclave viva su etapa de mayor esplendor, sobre todo en época flavia con su promoción a *municipium*, gracias a la decisión de Vespasiano de conceder el derecho latino a todas las comunidades todavía no privilegiadas de *Hispania* (Andreu, 2003). Con bastante probabilidad, se adscribe a esta época el edificio termal –situado en la cabecera de la Val de Bañales, al pie del cerro del Pueyo, en el centro monumental de la ciudad– (García-Entero, 2011). Aunque el acueducto –localizado a unos 900, al este del enclave urbano– probablemente se erigió en un momento anterior, sí podría datarse en la etapa de la municipalización el recrecimiento de la presa de Cubalmena, *caput aquae* del citado conducto (Andreu y Armendáriz, 2011: 199-222). En cualquier caso, el material arqueológico recuperado en el yacimiento que se fecha en el periodo flavio, da buena cuenta de la época dorada que estaba viviendo la ciudad. Para entonces, además, la supuesta *Tarraca*, contaba ya con una red viaria perfectamente articulada (Andreu, 2011: 40).

Como ocurre en varios puntos del *conventus*, también aquí a finales del último cuarto del II d.C. comienza una crisis urbana paulatina que se evidencia totalmente en el siglo III d.C., materializada en el abandono de diferentes sectores y la reutilización de espacios, fenómeno que se mantendrá hasta mediados del siglo IV d. C. (Andreu, 2011: 45-49; Uribe, 2014).

En relación a la arquitectura privada, por el momento pocas son las viviendas exhumadas, representativas, sin embargo, de las diferentes formas de hábitat doméstico romano (Fig. 3). Las casas más humildes son las ubicadas en el cerro de El Pueyo, distribuidas en varias terrazas por la zona noreste y sur del cabezo. A la primera terraza se accedía por una calle enlosada cuyo origen hay que situarlo en las cercanías del foro; allí, las moradas se organizaban de forma radial. En la segunda terraza, se dispusieron, por otra parte, en manzanas con calles perpendiculares. En lo que respecta a su técnica constructiva, destaca el uso de la roca natural tallada para los zócalos o el tosco sillarejo, y bloques también pétreos para las fachadas.

Debemos citar asimismo una serie de estancias domésticas frente a las termas descubiertas recientemente, también humildes, que pudieron estar vinculadas a algún establecimiento comercial (Uribe *et al.*, 2011: 241-246). Podemos destacar de esta construcción su aprovechamiento de parte de los muros de un edificio previo de posible funcionalidad pública⁷. De mayor riqueza es la última

⁶ Hecho que probablemente estuvo influenciado por el avance, en estas mismas fechas, en la construcción por parte de la *legio IV Macedonica*, la *X Gemina* y la *VI Victrix*, fundadoras de la colonia *Caesar Augusta*, de la vía romana hacia *Pompelo* (ANDREU, 2011: 32-34).

⁷ En uno de los muros pertenecientes a este edificio anterior compuesto por sillares perfectamente ajustados, se hallaron restos de pintura *in situ* que sin duda pertenecieron a la estruc-

de las estructuras domésticas conocidas, la denominada como Casa del Peristilo, la cual describiremos en el siguiente apartado, por ser la que, por el momento, ha aportado fragmentos pictóricos significativos.

2. LA CASA DEL PERISTILO⁸

La estructura doméstica hoy conocida como Casa del Peristilo⁹, comenzó a excavar por J. Galiay y, más tarde, por A. Beltrán. Actualmente se conoce parte de la misma aunque quedan sectores por exhumar (Fig. 3); debido a ello, lo que aquí exponemos será de obligada revisión en un futuro. Por el momento, conocemos la zona noreste y parte de la zona norte, donde estaría delimitada por una calle porticada de la cual se conservan las famosas columnas¹⁰, seña de identidad del yacimiento. Por el oeste, además, el descubrimiento de grandes bloques de arenisca incita a pensar que éstos fueron utilizados como acera de la vía. Por el momento, se desconoce el acceso a la vivienda.

En lo que respecta a los materiales constructivos utilizados, los restos que han llegado hasta la actualidad han hecho creer a sus investigadores que los muros se realizaron con un zócalo de *opus quadratum* también de arenisca –material local muy común en el yacimiento– y un recrecimiento de tapial o adobe, a juzgar por las muescas centrales presentes en los sillares de la zona inferior.

La vivienda en sí, de forma cuadrada, se distribuye en torno a un peristilo¹¹, –que pudo dotarse de una posible cubierta a dos aguas– de once o doce columnas, con un pretil de *opus quadratum* entre ellas. De esta manera, el área descubierta quedaría cerrada y sólo accesible a través de diferentes vanos que, a juzgar por los paralelos documentados, pudieron coincidir con distintos am-

tura pública anterior a la doméstica (URIBE *et al.*, 2011: 254). En cualquier caso, se trata de un zócalo de fondo negro decorado con un fino moteado multicolor que nos remite al horizonte cronológico de la primera mitad del siglo I d.C.

⁸ URIBE *et al.*, 2011: 246-253.

⁹ Denominación propuesta por P. URIBE (URIBE *et al.*, 2011).

¹⁰ Su cercanía a estas columnas hizo que durante mucho tiempo esta zona fuese erróneamente interpretada como el sector público –foro o *macellum*– de la ciudad (BELTRÁN y ANDREU, 2011: 110).

¹¹ Las habitaciones distribuidas en torno a un peristilo es la fórmula más documentada para las viviendas de la *Hispania* romana, aunque sus orígenes en nuestro territorio todavía no están clarificados (BELTRÁN, 2003: 28). En las ciudades campanas se documentan desde finales del siglo II a.C., como reflejo del gusto por la *luxuria* asiática. Efectivamente, se trata de estancias de procedencia helenística y por tanto su adopción está ligada a la conquista por parte de Roma de las ciudades orientales. Paulatinamente, los espacios de representación se distribuirán en torno al peristilo, ambiente que relegaría al atrio a un segundo plano, aunque no lo sustituiría (URIBE, 2008: 637-638).

bientes de representación. En la crujía sur del mismo se documentó, además, un desagüe que enviaría las aguas hacia el exterior.

Algunos de sus espacios han sido identificados. La habitación central de la parte norte, completamente abierta al peristilo, ha sido interpretada como un *triclinium*¹². En la zona este, se halló una gran habitación rectangular dividida interiormente por un muro en dos ambientes más pequeños; quizá dos *cubicula* comunicados, o la antecámara y cámara de un único dormitorio (Fig. 4). Precisamente en una de estas estancias, en la situada más al norte, se hallaron los fragmentos pictóricos que vamos a analizar en las campañas dirigidas por J. Viladés (Conjunto 1 –Bañ.1– *infra*).

En cuanto al resto de revestimientos decorativos no pictóricos, sólo podemos señalar que A. Beltrán apuntó en sus diarios de excavación (Andreu, 2011: 81, nota 277), que el citado triclinio estaba pavimentado por un suelo de argamasa.

3. DECORACIÓN PICTÓRICA

Los restos pictóricos de la Casa del Peristilo exhumados o hallados en superficie son escasos y muestran una aparente decoración banal. Nos aportan, sin embargo, cuantiosos puntos sobre los que reflexionar y que pueden ayudar a matizar, entre otros aspectos, la cronología de la vivienda; o cuanto menos presentar nuevas hipótesis sobre la misma. Exponemos a continuación los dos conjuntos pictóricos que pudimos analizar.

3.1. Conjunto 1 (Bañ.1)

Fue hallado, como hemos apuntado más arriba, en una de las estancias interpretada como un posible *cubiculum* –o parte del mismo– (Fig. 4)¹³.

Los fragmentos recuperados pertenecen a la decoración del zócalo y la zona media de una estancia (Figs. 5 y 6); probablemente provienen de más de una pared. Evidentemente, la escasez de piezas nos impide exponer aquí las posibles medidas de los distintos sectores.

¹² A. Beltrán señaló en su diario de excavación (URIBE *et al.*, 2011: 253), la existencia de pintura mural *in situ*, hoy perdida, en la habitación situada a la derecha del *triclinium* –en la misma crujía norte– basada, posiblemente, en un zócalo rojo y una zona media negra o viceversa.

¹³ Actualmente son fragmentos conservados en el Museo de Zaragoza.

El zócalo cuenta con un fondo grisáceo salpicado con gotas, motas y manchas negras, rojas y amarillas, los mismos colores que los presentes en la zona media. En este sector, la decoración comenzaría en el lateral por una banda verde de 8 cm aproximadamente¹⁴, la cual, a través de un filete blanco¹⁵, dio paso a un panel rojo. Un doble filete negro y blanco, en este caso, se encarga conectar el anterior con un nuevo panel amarillo. No sabemos qué color sería el escogido para el nuevo panel ya que sólo contamos con fragmentos que unen los colores rojo y amarillo. Por otro lado, sabemos que en otro extremo lateral, la decoración también comenzaría por una banda verde que a través un filete blanco daría paso a un panel granate. Posiblemente iría junto a un panel rojo ya que el desprendimiento de la capa pictórica granate deja entrever este color rojo debajo, que hubo de pintarse en primer lugar extendiéndose más allá de la frontera convenida entre los dos paneles¹⁶.

Algunos fragmentos verdes que no presentan la rebaba característica de final de pared nos incitan a pensar que pudo existir una banda de este color entre el zócalo y la zona media o entre esta y la zona superior; o bien que incluso hubo un panel de este color, aunque es algo que debemos dejar en el terreno de la hipótesis.

Por otro lado, ciertas piezas de color rojo sí presentan la rebaba de final de pared. Por esta razón creemos que en el discurso decorativo, existiría más de un panel rojo. Uno de ellos habría que situarlo dividido entre los dos ángulos de muro formados por una de las esquinas de la estancia, prosiguiendo el panel y el resto de la decoración en otra de las paredes.

En cuanto a sus características técnicas, hemos de decir que presenta un mortero formado por tres capas cuyo grosor varía entre los 0,9 cm de la primera capa y los 2,2 cm de la tercera, la cual sólo se ha conservado en dos de los fragmentos estudiados. Basándonos en la observación de su tonalidad y composición, parece estar realizado con cal y arena –posiblemente en mayor proporción– donde no existen gruesos nódulos de ningún tipo, por lo que suponemos que los materiales se trituraron o tamizaron.

¹⁴ Sabemos que las bandas verdes se situarían en el inicio lateral del muro por la curvatura –propia de final de pared– y la rebaba característica –producida por el alisamiento de la misma– que presentan las piezas con este pigmento.

¹⁵ Quizá también en este caso estemos en presencia de un doble filete negro y blanco pero, en todo caso, el de color negro se ha perdido.

¹⁶ Aunque en ocasiones y por la acción de agentes externos, el color rojo puede mutar en otras tonalidades, por ejemplo en un rojo burdeos, sabemos que este fenómeno no ocurre en el caso que presentamos, pues el color granate del que hablamos es completamente diferente al color rojo burdeos que puede presentar un fragmento que haya cambiado la coloración de origen. Así pues, es plausible hablar de la presencia aquí de dos paneles diferentes, uno rojo y otro granate.

En los dos fragmentos en los que conservamos la tercera capa de mortero, hemos observado que presentan las protuberancias características por haberse dispuesto sobre una pintura anterior piqueteada para extender una nueva –la que hoy ha llegado hasta nosotros– (Fig. 7). El hecho de que contara con las capas de mortero pertenecientes a una decoración anterior provocó que no fuera necesario emplear grandes esfuerzos en la composición del nuevo enlucido –de hecho las capas son relativamente finas– ya que la decoración que aquí tratamos contó con éste y con todo el mortero del conjunto precedente, ayudándose por tanto de numerosas capas de protección contra los agentes habitualmente perjudiciales de los muros, como la humedad.

Los pigmentos mayoritarios son el amarillo y el rojo con un tono sin brillo, lo que indica su posible procedencia del óxido de hierro. Además, también se presentan en este conjunto, el granate, el gris, el verde, el negro y el blanco. La impregnación de la mayor parte de colores en la primera capa de mortero –amarillo, rojo, granate, verde y el gris– indica que fueron aplicados al fresco, mientras que el desprendimiento cuarteado de los pigmentos utilizados para elaborar los filetes dobles –blanco y negro– y el moteado del zócalo, señala que éstos fueron dispuestos con el enlucido ya seco, probablemente desleídos en agua de cal para facilitar su adherencia.

En lo referente al orden de realización de esta decoración, primero se pintaron los colores de fondo –amarillo, rojo y granate en la zona media, y gris en el zócalo– y posteriormente, para enmascarar la unión entre ellos, se pintaron los filetes, primero el blanco y luego el negro. En el moteado del zócalo, inicialmente se salpicaron las manchas negras, luego las rojas y finalmente las amarillas, casi invisibles en los fragmentos que han llegado hasta nosotros.

La superficie se halla perfectamente alisada, sólo observamos ciertas rebabas, presentes precisamente como consecuencia de tal acción, en las bandas verdes que situamos en los extremos laterales de la pared. Aunque esto sea indicativo de la buena técnica del taller artesano no lo es tanto el hecho de que, en los filetes blancos y negros, en algunos fragmentos, no coincidan con la unión de los paneles amarillos y rojos, de tal forma que no consiguen enmascarar dicha conexión al hallarse desplazados del lugar donde hubieron de ser pintados (Fig. 5.2).

Pocos son los elementos susceptibles de un análisis estilístico en este conjunto. Sí nos puede ayudar la zona inferior de la decoración, es decir, el zócalo de fondo grisáceo moteado con gotas y manchas (Fig. 5.3). Se trata de un recurso ornamental muy utilizado durante toda la historia de la pintura mural romana pero con ciertas particularidades técnicas en el siglo I d.C.

Debemos matizar que el uso de “moteados” no era frecuente en pintura mural romana para la imitación de mármoles propiamente dichos –habituales también en las decoraciones murales– pues éstos suelen mostrarse monocromos

o polícromos con vetas o bandas que son testimonio de las características de su formación geológica (Guiral *et al.*, 1986: 260-261). En definitiva, la utilización de moteados no parece estar destinada a imitar verdaderos mármoles sino rocas en el más amplio sentido de la palabra¹⁷.

La segunda cuestión que debemos plantearnos es si este recurso puede utilizarse como marcador cronológico. A este respecto, aunque es cierto que el moteado presente en los zócalos constituye un tipo decorativo que se ha utilizado a lo largo de toda la historia de la pintura mural romana¹⁸, podemos apuntar características propias que nos permiten acotar cronológicamente los fragmentos que lo presentan.

Autores como H. Eristov (1979), E. Belot (1986) y A. Barbet (1987), de la escuela francesa, comprobaron tras el estudio de algunos conjuntos pictóricos de ámbito provincial –procedentes de Lyon, Roquellarre y Burdeos, entre muchos otros– que en los zócalos moteados del siglo I d.C. había un cambio de color de fondo a partir de la segunda mitad de la citada centuria, de tal forma que en un primer momento serían negros o grises para pasar luego a ser rosas a partir del 50 d.C., hecho que no parecía darse en Pompeya. Además, documentaron que este fenómeno iba acompañado de un cambio de técnica pasando de una fina salpicadura a la utilización de gruesas gotas para realizar el moteado (Belot, 1986: 58; Barbet, 1987: 20). C. Guiral, A. Mostalac y M. Cisneros constataron la repetición del mismo suceso en nuestro país. Según los autores, al menos en el valle del Ebro, la utilización de finas salpicaduras, a modo de llovizna y de pequeñas gotas ovoides es característica de los zócalos de III Estilo, y posiblemente se debió a la pretensión de querer emular verdaderas rocas –no necesariamente mármol–. Sin embargo, pasada la mitad del siglo I d.C., las gotas, casi manchas, serán utilizadas como mero recurso ornamental sin la pretensión anterior, algo que se constata e incluso podríamos decir que se afianza, en el siglo II d.C., también en la zona media de la pared, prolongándose el fenómeno hasta el siglo VI d.C. (Guiral *et al.*, 1986: 277-278).

En cuanto al color de fondo de estos moteados, es cierto que en nuestro país los zócalos de fondo negro predominan en la primera mitad del siglo I d.C. e incluso antes. Así parece corroborarse en muchos lugares: sirvan como ejemplo los casos hallados en las excavaciones de la Clínica en Calahorra (García *et*

¹⁷ Precisamente por esa pretensión de imitar rocas, se realizaría el moteado tan fino, a modo de llovizna, según E. BELOT (1986: 58), tan característico de la primera mitad del siglo I d.C. M. DE VOS (1975: 202), a propósito de su estudio sobre la pintura y el mosaico de Solunto, también hace una clara distinción entre la imitación de mármol propiamente dicho, y la imitación, a través del moteado, de otras rocas como el granito, a través de una técnica que considera que se explota en la segunda mitad del siglo I d.C.

¹⁸ En nuestro país contamos con ejemplos que abarcan desde finales del siglo II a.C. en Azaila, hasta el siglo VI d.C. en la Basílica paleocristiana de Es cap d'es Port (GUIRAL *et al.*, 1986: 279-287).

al., 1986: 176), en *Baetulo* (Guitart, 1976: 107 y 110), entre muchos otros. Sin embargo, también encontramos algunos zócalos de fondo rosa datados en la primera mitad del siglo I d.C. Así ocurre, por ejemplo, en el Conjunto A exhumado de entre los restos aparecidos en el corte estratigráfico de Paseo Echeagaray y Caballero (Mostalac y Guiral, 1987: 183), datado en un momento anterior al cambio de Era¹⁹.

Podemos concluir, por tanto, como ya hiciera C. Guiral al estudiar los conjuntos bilbilitanos (Guiral y Martín-Bueno, 1996: 256), que el color de fondo no puede tomarse como un criterio exclusivo de datación, sino que más bien hay que valorar la técnica de ejecución de los moteados. Los caracterizados por una fina llovizna con pretensión real de querer imitar una roca, serán característicos de la primera mitad del siglo I d.C. mientras que las gotas más gruesas dispuestas al azar, serán el recurso predominante a partir de mediados del siglo I d.C. en nuestro país.

En el caso que presentamos, parece que nos hayamos a caballo entre un zócalo realizado con finas gotas y motas –propias de una pretendida imitación granítica– y aquellos efectuados con manchas en los que cualquier intención de parecerse a una roca real se ha perdido, quedando sólo como elemento decorativo. Esto hace que lo podamos situar en una época de transición entre las dos mitades del siglo I d.C.

En cualquier caso, para tratar de datar el conjunto que hemos estudiado hemos de acudir, en primer lugar, a la información proporcionada por la excavación. Las numerosas intervenciones que han tenido lugar en la Casa del Peristilo en muy diferentes épocas han provocado, según sus investigadores actuales (Uribe *et al.*, 2011: 253), la ausencia de una estratigrafía clara. Únicamente estiman que la morada podría pertenecer a una amplia horquilla temporal desde la segunda mitad del siglo I d.C. –fecha que proponen por la exhumación por parte del equipo de A. Beltrán de un fragmento de cerámica *marmorata* en 1977–, hasta los siglos II y III; por tanto, dentro de la cronología estándar del yacimiento (Andreu *et al.*, 2011: 120-121). Así pues, no podemos datar la decoración de forma directa, basándonos en criterios estratigráficos.

Si atendemos a criterios decorativos, el alisamiento que presenta la pared y, sobre todo, la técnica de realización del moteado, son aspectos que nos conducen a situar esta decoración en los márgenes cronológicos del siglo I d.C. Dentro de este arco temporal, contamos solamente con un criterio que llevaría a encuadrarla en la segunda mitad y es la ausencia de cristales de azul egipcio en el pigmento verde, fenómeno que sí se da en los conjuntos fechados en la primera mitad de la citada centuria –tal y como observó C. Guiral en los conjuntos bilbilitanos (Guiral y Martín-Bueno, 1996: 447) y que hemos seguido comprobando en varios de los conjuntos pertenecientes al área del *Conventus Caesarau-*

¹⁹ Sobre esta cuestión véase GUIRAL y MARTÍN-BUENO, 1996: 252.

*gustanus*²⁰– y que parece desaparecer en la segunda mitad de dicho siglo. Por tanto, apostamos por la realización de las pinturas de este conjunto en los primeros años de la segunda mitad del siglo I d.C.

Por otra parte, el análisis de esta aparente decoración trivial (Fig. 6) nos ha llevado a reflexionar sobre varios puntos. En primer lugar, la pericia del taller sobre todo visible en los aspectos técnicos: alisamiento de la pared, aplicación de los pigmentos, aprovechamiento del mortero de una decoración anterior, etc., indica un buen conocimiento de los pasos a seguir en la realización de una pintura mural. Sin embargo, hemos observado ciertos descuidos a la hora, por ejemplo, de realizar los filetes dobles, rasgos que no son lo suficientemente importantes como para hablar de un taller poco experimentado o de calidad menor, sino más bien de una habitación –o parte de la misma– que, al no ser de representación, no requería una atención especial.

La banalidad de esta decoración no permite establecer conclusiones sobre los comitentes. En cualquier caso, la propia magnificencia de la vivienda en sí parece indicarnos que estamos ante unos propietarios con una posición económica, y seguramente social, elevada; recordemos que está situada en uno de los sectores más importantes de la ciudad. Su entidad también se denota en la propia estructura, con la presencia de la suntuosa estancia situada en la crujía norte (*supra*), precedida de una lujosa entrada conformada por dos columnas –conocidas por la huella de su impronta en negativo en el pretil– abierta totalmente al peristilo (Uribe *et al.*, 2011: 243 y 246-247), estancia esta última que, ajardinada o no –son datos que por el momento se desconocen–, serviría para el ocio y el disfrute de cuantos tuvieran la oportunidad de vivir en ella o ser invitados a la misma.

En lo que respecta a la funcionalidad de la habitación, se estableció la hipótesis de que la estancia donde fueron halladas estas pinturas pudo ser un *cubiculum* o parte del mismo –cámara o antecámara–. El conjunto estudiado no nos dice nada al respecto ya que, en principio, parece una sucesión de paneles planos; un sistema compositivo simple y repetitivo que, por otro lado, podría pertenecer a la antecámara del dormitorio: el recurso a las decoraciones así concebidas fue habitual para cubrir estas zonas de tránsito, sobre todo, en los dormitorios de época republicana y altoimperial (Barbet, 1985: 128; Guiral y Mostalac, 1993: 388).

Por último, es necesario hacer una reflexión. Si admitimos como cierto que este conjunto pictórico se fecha en los primeros años de la segunda mitad del siglo I d.C., y que está realizado sobre una decoración anterior –hecho innegable, este último, a juzgar por las evidencias materiales (*supra*)– quizá conte-

²⁰ Se trata de una de las conclusiones a las que llegamos en nuestra Tesis Doctoral *La pintura mural romana de ámbito doméstico en el Conventus Caesaraugustanus durante el siglo I d.C.: talleres y comitentes*.

mos aquí con un argumento a favor de la hipótesis sobre la posible existencia de la Casa del Peristilo ya en la primera mitad del siglo I d.C. El equipo que investiga actualmente en Los Bañales, muy prudentemente y siempre basándose en la información obtenida por la estratigrafía, afirma que desconocen si hubo fases anteriores a la segunda mitad del siglo I d.C. en la vivienda (Uribe *et al.*, 2011: 253). Su construcción en un momento anterior no rompe, además, con el contexto general del yacimiento. Recordemos que en el cambio de Era ya tiene lugar la monumentalización de la plaza pública de la ciudad; un horizonte augústeo cada vez más diáfano según las últimas investigaciones (Andreu *et al.*, 2015).

3.2. Conjunto 2 (Bañ.2)

El conjunto 2 (Bañ.2) lo forman dos piezas descubiertas en superficie –y por tanto fuera de contexto– en la Casa del Peristilo. Fueron recogidas por el Sr. Bello de Sádaba y donadas amablemente por su familia, junto con más objetos, a la Fundación Uncastillo.

Las piezas (Fig. 8) parecen corresponder a uno o más paneles medios pintados en color rojo –pigmentos presumiblemente aplicados al fresco– y encuadrados interiormente por filetes triples de 1,1 cm de anchura aproximadamente, formados por dos trazos blancos externos y uno color morado oscuro en el interior –extendido este ornamento con el enlucido ya seco–.

De sumo interés son en este caso los filetes triples de encuadramiento interior. Se trata de uno de los recursos ornamentales que mejor identifican el III Estilo, tanto en Pompeya (Bastet y De Vos, 1979: 135) como en el mundo provincial (Mostalac, 1996: 21), desde su inicio en torno al 15 a.C., cuando estos filetes dobles o triples sustituyen a los filetes bicromos característicos del II Estilo, hasta su ocaso en el 50 d.C., cuando suelen ser reemplazados por las cenefas caladas propias de la etapa siguiente.

Cierto es, sin embargo que, a pesar de que esta sea su etapa de mayor esplendor, se trata de un elemento de larga perdurabilidad en la pintura mural romana aunque, por otro lado, suele presentarse con una mayor anchura y con un filete interno de color azul –o incluso se sustituye por cenefas caladas– cuando sobrepasa los márgenes cronológicos del III Estilo.

Sólo podemos basarnos en este único elemento decorativo para proponer una datación de los fragmentos estudiados que debe ser tomada como mera hipótesis al estar los fragmentos descontextualizados. Según A. Mostalac (1996: 21), para que fuese un filete triple de encuadramiento interior anterior al cambio de Era, debería hallarse sobre fondo negro, y por esta razón desechamos la primera etapa del III Estilo para su datación, de la misma manera que no

creemos que corresponda a una fecha situada a partir de la segunda mitad del siglo I d.C., por lo dicho en el apartado anterior. Apostamos, entonces, por la primera mitad del siglo I d.C. como acotación cronológica para este conjunto. Además, similar cronología aporta uno de los principales paralelos que encontramos de este elemento decorativo –en cuanto a gama cromática y disposición– en el propio *Conventus Caesaraugustanus*, el denominado como conjunto 3 (Fincker *et al.*, 2013: 320-328) hallado en la posible vivienda anterior a la *Domus* 1 del yacimiento de *Labitolosa* (Huesca).

Sobre su pertenencia o no a la Casa del Peristilo, no podemos aportar más argumentos que los descritos más arriba. El hecho de que los fragmentos fueran hallados en el entorno de la vivienda puede ser indicativo de su origen, aunque también pueden provenir de otros ámbitos, incluso lejanos del sector donde fueron recogidos, a causa de un arrastre de materiales.

Al margen de esto, las piezas, aunque escasas, señalan que también este yacimiento sigue las modas y ornamentos itálicos, e incluso nos podrían estar hablando de la presencia de artesanos de dicho origen en Los Bañales.

4. CONCLUSIONES

Debido a la ausencia de una estratigrafía clara en la Casa del Peristilo, todo lo expuesto anteriormente son conjeturas basadas fundamentalmente en criterios estilísticos que, tal y como hemos manifestando, deben estar apoyados en criterios estratigráficos.

Dicho esto, es cierto que podemos tomar los indicios que aquí se presentan como una pista a seguir en futuras campañas de excavación. Quedan por exhumar algunos sectores de la Casa del Peristilo que en un futuro pueden avalar la hipótesis que aquí tan sólo insinuamos: su construcción en la primera mitad del siglo I d.C.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ANDREU, J. (2003), “Incidencia de la municipalización flavia en el *Conventus Caesaraugustanus*”, *Salduie* nº 3, 163-186, Zaragoza.
- (2011), “La ciudad romana de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza) en las fuentes históricas”, J. Andreu (ed.), *La ciudad romana de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza): entre la historia, la arqueología y la historiografía*, *Caesaraugusta* 82. Zaragoza, 19-100.

- ANDREU, J.; ARMENDÁRIZ, J. (2011), "La presa romana de Cubalmena (Biota, Zaragoza) y el abastecimiento de agua a la ciudad de Los Bañales", J. Andreu (ed.), *La ciudad romana de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza): entre la historia, la arqueología y la historiografía, Caesaraugusta 82*, Zaragoza, 199-222.
- ANDREU, J.; LASUÉN, M.; JORDÁN, A. (2009), "El doblamiento rural en el *territurium* de la *civitas* vascona de Los Bañales en época romana", *Trabajos de Arqueología Navarra* nº 21, 121-160, Pamplona.
- ANDREU, J.; PÉREX, M.; BIENES, J. J. (2011), "New findings of Late Antiquity in a Town of the Vascones Area (Los Bañales de Uncastillo, Zaragoza, Spain), D. Hernández (ed.), *New Perspectives on Late Antiquity*, Cambridge, 119-123.
- ANDREU, J.; ROMERO, L.; MONTOYA, R. (2015), "Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza), *civitas* augústea", *Anales de Arqueología Cordobesa*, en prensa.
- ANDREU, J.; GONZÁLEZ, S.; GARCÍA, V.; JORDÁN, A.; LASUÉN, M. (2008), "Cuestiones urbanísticas en torno a la CIVITAS de los Bañales (Uncastillo, Zaragoza)", *SPAL* nº 17, 233-266, Sevilla.
- BARBET, A. (1985), *La peinture murale romaine. Les styles décoratifs pompéiens*, Paris.
- BARBET, A. (1987), "La diffusion des I, II et IIIe styles pompéiens en Gaule", *Pictores per provincias. Cahiers d'Archéologie romande 43. Actes du IIIe Colloque international sur la peinture murale romaine* (Avenches, 28-31 août 1986), 7-27, Avenches.
- BASTET, F. L.; DE VOS, M. (1979), *Il terzo stile pompeiano*, Gravenhage.
- BELLOT, E. (1986), "Les productions de l'artisanat pictural gallo-romaine à Nemetacum", VV.AA., *Arras Nemetacum et la partie méridionale de la cité des Atrébates. Catalogue d'exposition* (Arras, 28 mai-19 août 1986), 54-66, Madrid.
- BELTRÁN, A. (1977), "Excavaciones arqueológicas de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza), 1973", *Noticiario Arqueológico Hispánico* nº 5, 62-68, Madrid.
- BELTRÁN, A.; ANDREU, J. (2011), "Las excavaciones arqueológicas de Los Bañales", J. Andreu (ed.), *La ciudad romana de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza): entre la historia, la arqueología y la historiografía, Caesaraugusta 68*, Zaragoza, 101-159.
- BELTRÁN, M. (2003), "La casa hispanorromana. Modelos", *Bolskan* nº 20, 13-63, Huesca.
- DE VOS, M. (1975), "Pitture e mosaico a Solunto", *Bulletin Antieke Beschaving* nº 50, 195-224, Netherlands.
- ERISTOV, H. (1979), "Corpus des faux-marbres peints à Pompéi", *Mélanges de l'École française de Rome* nº 91.2, 693-771, Rome.
- FINCKER, M.; GUIRAL, C.; MAGALLÓN, M. A.; RICO, C.; SILLIÈRES, P. 2013, "Une Domus de la fin du Ier siècle", M. A. Magallón y P. Sillières (eds.), *Labitolosa. Une cité romaine de L'Hispanie Citérieure*, Burdeos. 298-333.
- GALIAY, J. (1944), "Las excavaciones del Plan Nacional de Los Bañales", *Informes y Memorias* nº 4, 5-28, Madrid.

- GARCIA-ENTERO, V. (2011), "Las termas romanas de Los Bañales", J. Andreu (ed.), *La ciudad romana de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza): entre la historia, la arqueología y la historiografía. Caesaraugusta 82*, Zaragoza, 223-240.
- GUIRAL, C.; MARTÍN-BUENO, M. (1996), *BILBILIS I. Decoración pictórica y estucos ornamentales*, Zaragoza.
- GUIRAL, C.; MOSTALAC, A. (1993), "Influencias itálicas en los programas decorativos de cubicula y triclinia de época republicana y altoimperial en España. Algunos ejemplos representativos", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I. Prehistoria y Arqueología* nº 6, 365-392, Madrid.
- GUIRAL, C.; MOSTALAC, A.; CISNEROS, M. (1986), "Algunas consideraciones sobre la imitación del mármol moteado en la pintura romana en España", *Boletín del Museo de Zaragoza* nº 5, 259-288, Zaragoza.
- JORDÁN, A. (2014), "Análisis urbanístico y estructural de la manzana I de El Pueyo de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza)", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* nº 22, 253-297, Pamplona.
- MOSTALAC, A. (1996), "La pintura romana en España. Propuesta cronológica del Tercer Estilo", *Anuario de la Universidad Internacional SEK* nº 2, 11-27, Segovia.
- MOSTALAC, A.; GUIRAL, C. (1987), "La pintura romana de Caesaraugusta: Estado actual de las investigaciones", *Boletín del Museo de Zaragoza* nº 6, 181-196, Zaragoza.
- PÉRREX, M. J. (1998), "Tarraca, ciudad federada del convento jurídico cesaraugustano", M. Mayer (ed.), *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior*, Barcelona, 298-300.
- SAYAX, J. J. (2005), "El municipio de Vasconia en el mundo antiguo", *Iura Vasconiae* nº 2, 9-44, Gipúzkoa.
- URIBE, P.; HERNÁNDEZ, J. A.; BIENES, J. J. (2011), "La edilicia urbana privada en Los Bañales: estado de la cuestión", J. Andreu (ed.), *La ciudad romana de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza): entre la historia, la arqueología y la historiografía. Caesaraugusta 68*, Zaragoza, 241-260.
- URIBE, P. (2014), *Arquitectura doméstica urbana romana en el valle medio del Ebro. Silgos II a.C.-III d.C.* En prensa.



Fig. 1

Área correspondiente a la *civitas* de Los Bañales (Foto Archivo Plan de Investigación de la Fundación Uncastillo)



Fig. 2

Mapa con las principales estructuras de Los Bañales
(Mapa Archivo Plan de Investigación de la Fundación Uncastillo)



Fig. 3

Ubicación de las estructuras domésticas dentro del yacimiento de Los Bañales: 1) Casa del Peristilo; 2) Estructuras domésticas de El Pueyo; 3) Estancias domésticas frente a las termas (Uribe *et al.*, 2011)

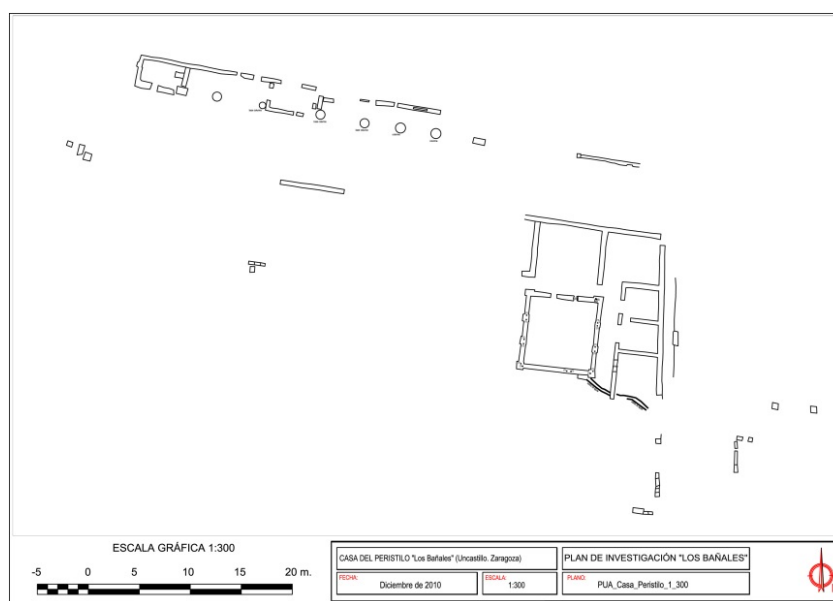


Fig. 4

Planta de la Casa del Peristilo del yacimiento de Los Bañales (Uribe *et al.*, 2011)

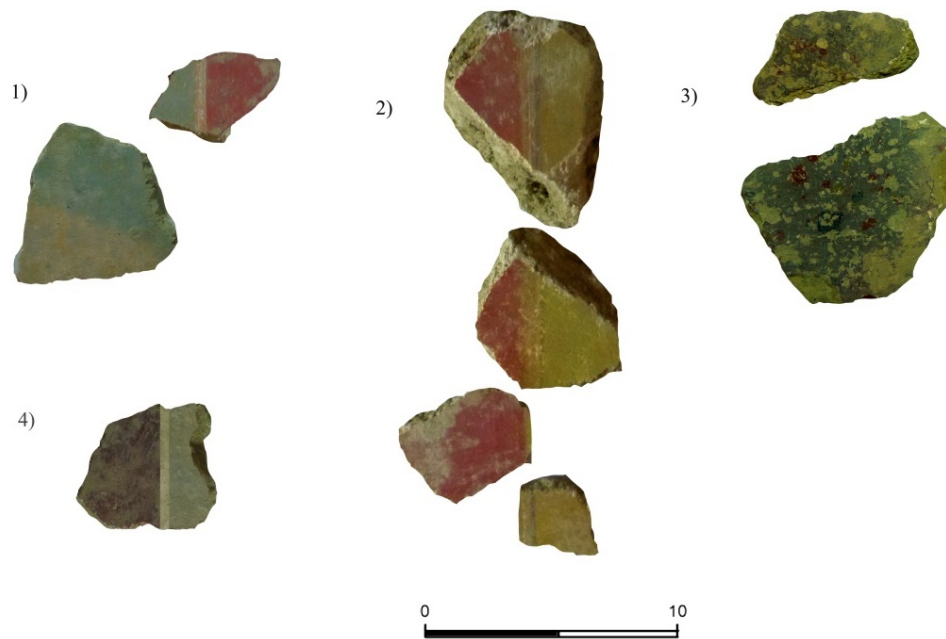


Fig. 5

Fragmentos clave del conjunto procedente de la Casa del Peristilo de Los Bañales: 1) Banda verde e inicio de panel rojo; 2) Separación entre panel rojo y panel amarillo con doble filete blanco y negro; 3) Fragmentos del zócalo de fondo oscuro y moteado; 4) Panel morado e inicio de banda verde (Foto de L. Íñiguez)

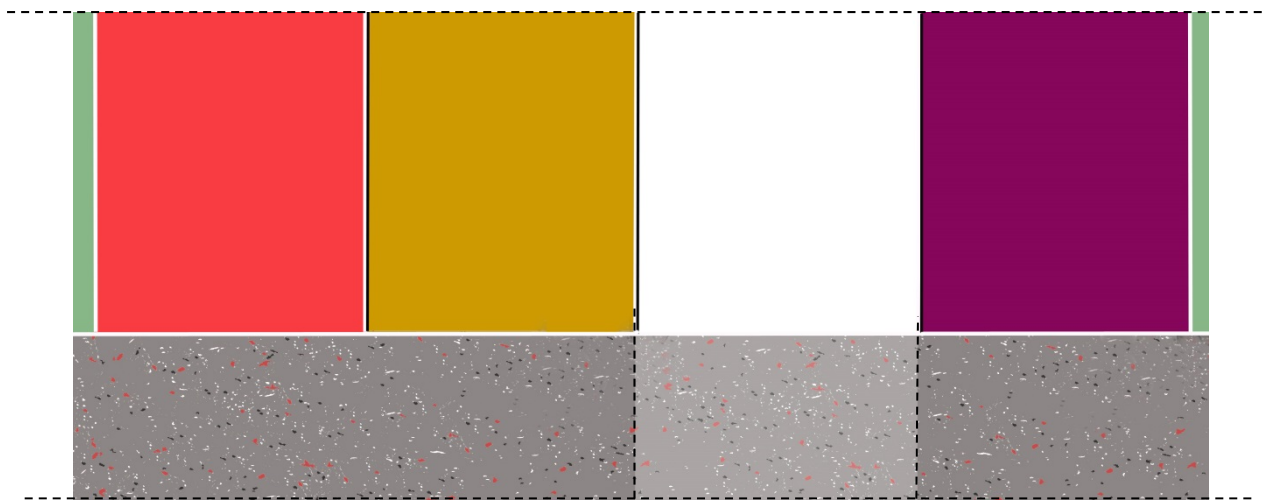


Fig. 6

Restitución²¹ hipotética de los fragmentos hallados en la Casa del Peristilo de Los Bañales (Dibujo de L. Íñiguez)

²¹ No conocemos cómo conectarían el zócalo y la zona media por lo que la imagen que presentamos debe tomarse como una mera propuesta de entre las muchas posibilidades existentes.

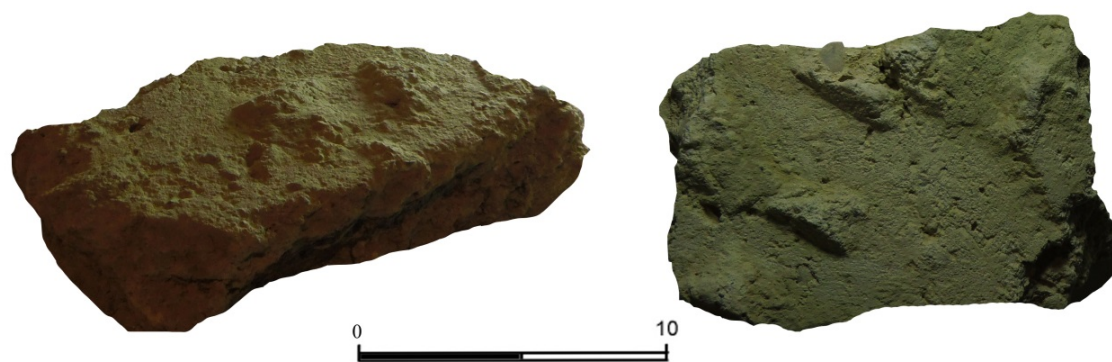


Fig. 7

Improntas del piqueteado realizado sobre la decoración anterior, presentes en el mortero del conjunto procedente de la Casa del Peristilo de Los Bañales (Foto de L. Íñiguez)



Fig. 8

Fragmentos hallados en superficie, en la Casa del Peristilo de Los Bañales (Foto de J. Andreu)